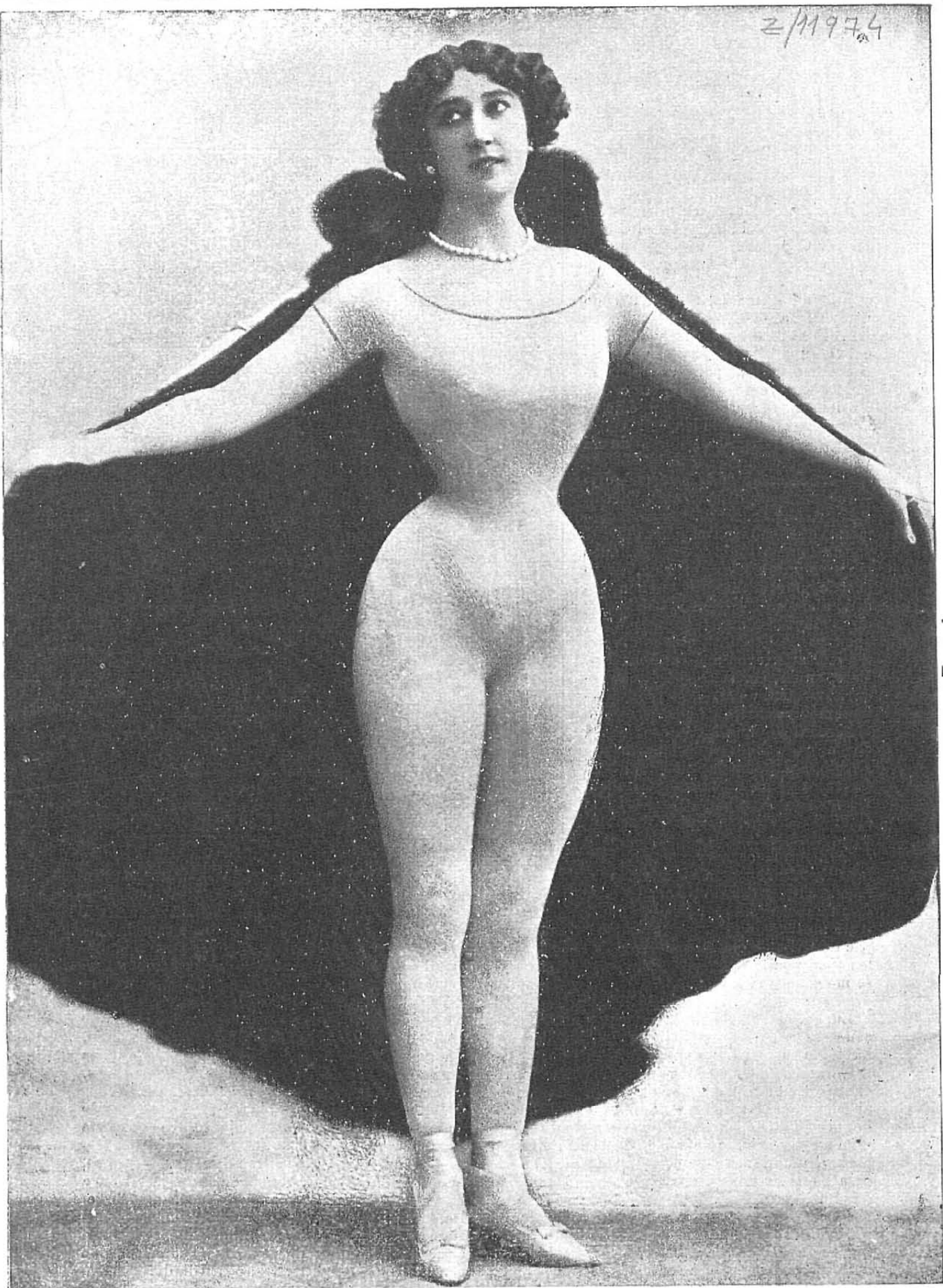


2/11974



SICALÍPTICO

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA

Año I Núm. 2
Barcelona 16 Enero de 1904

10 CENTS.

© Biblioteca Nacional de España

PECADORAS

BALBINA RENARD

Es nieta de franceses, pero nació en España, en la muy heroica ciudad de Gerona.

Una española por cuyas venas circula la alegre sangre francesa, es algo así como la realización de un sueño fantástico.

La Renard es mujer muy simpática, con una belleza grave y majestuosa de divinidad pagana, y conversadora ocurrente que presume con justicia de tener mucho ingenio y muy bien prendida la lengua.

Cuando la expuse el objeto de mi visita, pareció admirarse.

—Este género de *interieurs*—dijo—es enteramente nuevo en España...

Entre otras razones, porque por lo mismo que los hombres tienen el *Donjuanesco* prurito de conquistar a las mujeres y no de comprarlas, como sucede en el extranjero, nunca podrá haber las Mérode, las Vries, y otras adorables artistas del placer, enemigas del capital, que se divierten en París reventando millonarios. Pero, en fin, por mí no ha de quedar... ¿Quiere usted un retrato? Perfectamente: escoja usted...

Presentóme un álbum, espejo fiel de la caprichosa imaginación de Balbina. Allí aparecía en multitud de trajes y de llamativas actitudes. Después de muchas vacilaciones elegí el retrato que aquí ofrecemos.

—¡Ah, bien! ¿le gusta á usted más ese? Siento no conservar uno que me hizo Reutlinger; estaba disfrazada de Melstöfeles, sentada sobre un barril, brindando. Pero éste tampoco es malo. Es obra de Masón. Me retraté un lunes de Carnaval, después de una noche de baile en el teatro de la Gran Opera. En los ojos y en la indolente posición de los brazos se me conoce el cansancio, la pereza y el champagne trasegado...

Luego, charlando sin cesar y pasando de unos asuntos á otros con encantadora volubilidad, me habló de sus primeros pasos en el mundo.

—Catorce años tenía yo—dijo la Renard,—cuando me encapriché neciamente de uno de los abogados en ciernes que pasaban en el bufete de mi padre. El muchacho, que era hombre listo y de arrestos, hubo de deletriar en mis ojos mi pasión, y una tarde que subí á la boardilla de casa á buscar unos libretos, él subió también de puntillas... De pronto sentí que me sujetaban por detrás, y al volver la cabeza recibí en los labios un beso... Ya sabe usted que la mujer que se deja besar en la boca, no tiene salvación.

Pero mi seductor era ambicioso y mi pobreza no le convenia. Pocos meses después se marchó



de Gerona y luego supe que se había casado con una prima suya más fea que un avestruz, pero muy rica. Transcurrieron algunos años, le perdí de vista y ya empezaba á olvidarme cuando Pablo, (así se llamaba mi iniciador) reapareció, diciendo que había enviudado, que era rico y que deseaba casarse conmigo. Aquella reincidencia del *hijo pródigo*, era extraordinaria y acepté.

Luego... sucedieron muchas cosas, lo ignorado me seducía, y burlé á Pablo con un amigo suyo, comandante de artillería. Lo que prueba que las mujeres que se atreven á engañar á sus padres, no merecen inspirar confianza á sus maridos.

Balbina Renard habló largo rato, rematando su confesión con un pensamiento que envolvía una poética alusión á su juventud pretérita.

—Y quién iba á decirme—exclamó—que yo, que he dormido en tantas alcobas regias, nunca he vuelto á sentir aquel suave quebranto, aquella emoción inexpresable que experimenté veintitrés años há sobre un montón de esteras y en aquel obscuro desván que parecía amenazarme con las vigas de su techo abocardillado!

ALEJANDRO PITA





Purita se ha casado
y vive tan contento su marido.

¡Si estará enamorado,
según ella, que nada ha conocido!

DISCRETEOS

Jacinta.—Sin embargo, te aseguro que Enrique me gusta mucho. Es guapo, es rico, es amable ..

Adriana.—¡Oh, gustarte, gustarte!... Eso es muy vago, porque no hay hombre que sea absolutamente antipático.

J.—Es verdad

A.—A ti te gusta Enrique como a mí me agrada Luis: un poco.

J.—No; mucho.

A.—Ea, pues mucho. Pero entre querer mucho y querer locamente, hay una barrera contra la cual suelen estrellarse las mejores ilusiones de la soñadora juventud. Antes de resolvernos a vivir con un hombre toda la vida, debíamos cerciorarnos de si le amamos con toda el alma.

J.—Dices bien.

A.—¡Mira que renunciar a la humanidad masculina por un esposo que, dos ó tres años después de la boda, puede parecernos el más insignificante de los hombres! ..

J.—Es absurdo.

A.—Es horrible entregar toda nuestra hermosura a un feo sin talento.

J.—Sí, horrible y ridículo. No obstante, importa casarse. El mundo es vulgar, hipócrita, y hay que sacrificarse al buen parecer y contentarse con una modesta medianía.

A.—¿Luego, tú no quieres á Enrique?

J.—¡Oh!... Si le quiero...

A.—¿Un poco?

J.—Como tú á Luis.

A.—Y como quieren á sus novios las tres cuartas partes de las mujeres que se casan. Porque tú conocerás algunos hombres mejores que tu futuro esposo.

J.—¡Vaya, conozco muchos!

A.—Yo también; casi estaba por decir que es de los muchachos menos simpáticos que me han cortejado. Pero, en fin, urge decidirse, y tanto tú como yo somos dos mujercitas discretas que saben poner los puntos sobre las íes y arreglar su porvenir. Enrique y Luis tienen sobre los demás hombres la inmensa ventaja de que son galanes propicios al casorio. ¡Qué lejos están ellos de presumir que al otorgarles nuestra mano consumamos una venta! Porque, fíjate: la inacabable comedia del amor convierte á la sociedad en un gran mercado: los hombres compran; las mujeres se venden. Todas nos vendemos, todas... Las meretrices se venden por un billete de Banco; las honradas nos vendemos por una bendición.

J.—Eres muy mordaz.

A.—No, soy muy justa. Nosotras, que, dada nuestra posición social, no osaríamos vendernos á un amante, nos entregamos sin protesta á



Sin que lo sepa tu madre,
venite conmigo y verás:
tú, las estrellas del cielo
yo, tus ojos nada más.

cualquier advenedizo que se case, dándole cuanto poseemos á trueque de su apellido. ¿Comprendes?... El matrimonio es el mercado en que se tasan y se venden las mujeres honradas.

J.—(Con tristeza.) Es cierto.

A.—Y lo más famoso es que nosotras somos las principales autoras de nuestra desgracia; porque somos cobardes; tenemos demasiada prisa en casarnos, temiendo quedarnos solteras, y en vez de luchar por rendir la voluntad de esos calaveras contumaces que tanto nos gustan, nos abandonamos fríamente entre los brazos de cualquier individuo adocenado que se case. Queremos ser felices en seguida, sin combate, sin afanes, y la felicidad que no cuesta trabajos y lágrimas, no puede ser larga ni valedera. Pongamos un ejemplo: ¿Tú serías dichosa con Juanito Pantoja?

J.—¡Oh! ya lo creo.

A.—Lo reúne todo: la gentileza, la donosura de entendimiento, la verbosidad apasionada de los hombres ardientes. Podrá mentir cuando habla de amor, seguramente miente... pero, ¿qué bien lo hace!... Es el suyo un embuste bellissimo que vale una realidad.

J.—Una noche me dijo que se moría por mí.

A.—También á mí me lo ha dicho. Es un hombre encantador, que se muere por todas. Te confieso que me agrada infinitamente más que Luis.

J.—¡Toma!... Y también vale mucho más que Enrique.

A.—Ahí tienes. Comprendo que una mujer resbale y caiga con hombres como Juanito Pantoja; pero no me cabe en la cabeza que nadie se pierda ni por Enrique ni por Luis.

J.—Ni á mí tampoco.

A.—¡Cualquier novio sirve para marido; pero,

¿qué pocos novios merecen ascender á la categoría de amantes!

(Pausa.)

J.—Pantoja es un conversador irresistible.

A.—Sí. ¿Cuánto habla y qué bien lo dice todo!

J.—La mujer que logre rendirle será feliz.

A.—¡Oh! sí... ¡Muy feliz!...

J.—Debe ser altamente halagador eso de poder decir: mi marido es el más gentil, el más valiente... el más ingenioso, el más seductor de los hombres. Y en sus mocedades fué una mala cabeza, un gran perdido, que burló á muchas incautas y que sólo yo pude rendir...

A.—(Suspirando.) Si... la fábula de la doña Inés inocente, rindiendo al don Juan libertino, es el bello ideal de todas las solteras. ¡Y pensar, que dentro de algunos meses nos casaremos con Enrique y con Luis!...

(Las dos amigas permanecen pensativas, acariciando mentalmente la dulce quimera de su felicidad fugitiva.)

J.—Aunque estoy convencida de que Pantoja es un botarate, creo que siempre me saluda con igual cariño.

A.—Y á mí...

J.—Recuerdo que su declaración la formuló en términos tan apasionados, tan vehementes.

A.—A mí también me dijo algo que no he olvidado... (Pensativa.)

(Pausa.)

J.—(De pronto.) Vaya, vaya... Ese es un hombre diabólico que sólo sirve para amante.

A.—Y en esos galanes tan seductores, tan apuestos, que sólo sirven para amantes...

J.—No hay que pensar...

A.—(Riendo.) Hasta después que estemos casadas.

GENIO Y FIGURA

Inocencio Martínez era un hombre que, tratándose de asuntos amorosos merecía ser clasificado entre los galanes infatigables y de armas tomar.

Filósofo epicúreo por temperamento, había hecho de su existencia una saturnal continuada; y recordando aquella amarga lamentación del griego latino:

*¡Cuán fugaces los años
¡ay! se deslizan, Póstru aot!...*

procuraba aprovechar los suyos, no regateándole al cuerpo ningún regalo.

Entre los alimentos, siempre escogía los más superfinos.

Entre los vinos, los más generosos.

Y entre las mujeres... recreo y divertimento supremo de la vida, procuraba invariablemente quedarse con las más bonitas.

Diversirse y darle á Barrabás por la vena del gusto, constituía para Martínez una especie de obligación; y así como hay muchas individuos metódicos que acostumbran á hacer examen de conciencia para saber exactamente cuántas horas consagraron á la virtud y cuántas á la holganza ó al pecado, así don Inocencio solía recapacitar en sus placeres, dividiendo





los días del año, de la misma manera que lo hacía Tenorio, entre las mujeres conquistadas.

Uno, para enamorarlas,
otro para conseguir las,

otro para abandonarlas
des para sustituirlas...

Martínez, ciertamente que no sumaba tantas hazañas como el legendario aventurero sevillano; pero, de todos modos, cuando días atrás se puso á recordar los amorosos enredos sostenidos durante el año anterior no pudo menos de sentirse satisfecho.—¡Bendito sea — pensó—el 1903!...

La noche del 1.º de Enero la distrajo agradablemente con una actriz italiana que cayó entre sus brazos porque, según de claró, sentía por todos los viejos adinerados una inclinación irresistible. Después de esto don Inocencio, que es muy aficionado á la gente de teatro, celebró cariñosas alianzas internacionales con gentiles cantarinas de Inglaterra, Francia, Alemania, etcétera, etc.; y muchísimas zambras genuinamente españolas, con más de cincuenta ó sesenta mujeres de por aquí...

Así fué que al llegar la última semana de Diciembre, don Inocencio, tanto por echar una cana al aire, como para justificar aquel refrán, según el cual



lo que bien empieza, bien acaba, quiso celebrar las últimas horas del año con una orgía silenciosa, pero terrible, aniquiladora, de esas que se consuman en los harenes orientales.

¿Y quién sería capaz de tirarle la primera piedra cuando todos, bien por un concepto ó por otro, practicamos el «genio y figura»?

De suerte que, casi podemos fiar que, para el avisado Martínez, la Nochebuena fué la del 31 de Diciembre.

Cuando ya muy tarde, después del teatro regresó á su casa, sus dos amigas, Paquita y Pilar, estaban esperándole, dispuestas á la borrachera y al retozo.

—¡Aquí está don Inocencio!

—¡Viva el abuelete!...

Una de ellas le metió el sombrero hasta los hombros de un puñetazo; la otra le quitó el gabán, y con aquello dió principio á la fiesta.

Martínez cogió á Pilar, que estaba en pantalones, y empezó á darle azotes; mientras Frasquita, sujetándole el trazo flagelador, procuraba echarle la zancadilla. Al fin consiguieron derribarle sobre la alfombra cuan largo era, y después de mucha gorja y ruido, concluyeron por acostarse los tres, ocupando el centro don Inocencio... por cumplirla vez, únicamente, una ley de simetría. Conque ya pueden ir recitándole á ese afortunado ciudadano, lo de:

¡Cuán fugaces los años
¡ay! se deslizan, Póstumo!

Porque él dirá:

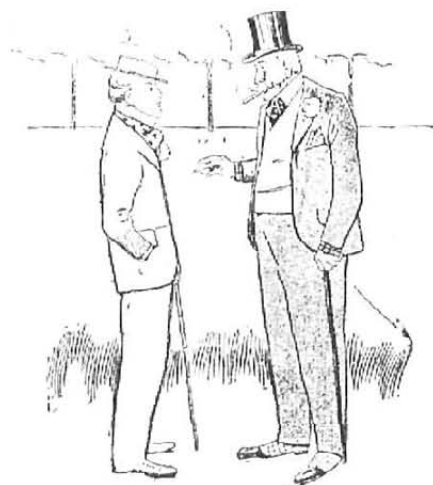
—Pues; no se deslizan del todo mal. Ya ven ustedes entre dos mocitas de buen ver... si los señores no mandan otra cosa...



—Anda, imbécil, que ni para hacer la limpieza sirves.
—Es que cuando la veo tan regordeta, me dan ganas de hacer otras cosas.



¡Qué vida más perra! Ni tiempo dan para dormir... Di á ese caballero que pase.



—Te prohíbo en absoluto que tengas queridas, ¿lo oyes?
—A mi edad, papá, creo que usted haría lo mismo.
—No es cierto; nunca tuve queridas hasta después de estar casado.

BELLAS ARTES



LA OLA. — CUADRO DE BOUGUEREAU.

A ratos, escuchando el clamoreo que repiten las playas solitarias como una sinfonía interminable, parece que los griegos tuvieron razón: el mar tiene alma y desea: nos lo dicen la voz vibrante de sus tormentas, su lomo inquieto, sus olas codiciosas que embisten la playa, rugiendo, brincando unas sobre otras...

La mujer del cuadro de Bouguereau, enérgica, robusta, con sus niveas redondeces esculturales, su potente pecho y la dulzura de las líneas de su cara, es la más gráfica representación de la majestuosa ola que, cumpliendo el deseo del mar, llega a la playa para prodigar sus vivificantes caricias a la tierra.

Cuentos ajenos

LA BELLEZA Y EL AMOR

Un día llegó a una gran ciudad una niña hermosa, rubia y joven, pues apenas contaba dieciséis años, llevando en su semblante retratadas la alegría y la satisfacción; vestía un traje escarlata como el que los labradores usan.

¿Quién era aquella niña hermosa? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde venía? Esto es lo que yo no puedo deciros, pues lo ignoro como vosotros mismos.

Cuando esa niña, que no era otra que la Belleza, llegó a la ciudad encontróse asombrada al ver aquella multitud de edificios y el inmenso gentío que por las calles discurría, y, confusa y atontada, se preguntaba: «¿Cómo me arreglaré para encontrar, entre tantas casas, las que tengo que visitar?» Pero divisó no muy lejos de ella a un joven cubierto de oro y pedrerías. Como llevaba un carcax a la espalda, debía sin duda ser un cazador real, que la miraba complaciente.

— Señor — le preguntó ella, — ruego a usted haga el favor de decirme si es usted de esta ciudad.

— Niña hermosa — respondió él, — yo soy de todas las ciudades.

— Y en esta donde nos

hallamos, ¿conoce usted a mucha gente?

— Aquí, como en todas partes, conozco a todo el mundo.

— ¿Podría, pues, enseñarme el domicilio de algunas personas a quienes mi nodriza, que es mi buena consejera y un tanto hada, me ha encomendado que visite a mi llegada?

— Ciertamente que puedo hacerlo.

— Pues bien; hágame el obsequio de decirme ¿Dónde viven los Sueños?

— En mi casa.

— ¡Ah! ¿Qué feliz encuentro he tenido! Y la Esperanza, ¿dónde vive?

— En mi casa.

— ¡Maravilloso! — dijo — ¿Y las Delicias?

— En mi casa.

— Eso es admirable!

Y no dándose cuenta de tanta dicha, quería ir, más que corriendo, volando a la habitación de aquel joven, que debía, sin duda alguna, vivir en un muy regio y suntuoso palacio donde daba hospitalidad a huéspedes semejantes. Mas conforme iba adelantando en su camino, modificó su alegría.

— Pero — dijo la Belleza, — éstas a cuya casa me conducís, no son las únicas personas a quienes mi madrina me ha recomendado que visite. También me ha nombrado otras que no deben ser tan conocidas como aquellas, puesto que nadie me supo dar razón. ¿Podría usted decírmelo?

— Sí, niña; ciertamente puedo decírtelo.

— Bien; entonces, si tenéis la bondad, decidme: ¿dónde habita la Alarma?

— En mi casa.

— ¡Ah! ¿Qué bien me ha dirigido la suerte al encontraros! — dijo la Belleza, pero esta vez sin batir palmas. — Y la Melancolía, ¿dónde vive?

— En mi casa.

— ¿Y la Aflicción? ¿Y la Desesperación?

— En mi casa.

— No me explico cómo en vuestra casa albergáis a tan opuestos huéspedes.

— Lo comprenderéis fácilmente cuando os diga que soy el Amor.

CATULO MENDES



Las hermanas Aguilera



Después de una *tournee* por los cafés conciertos más afamados de Europa, donde han cosechado aplausos á granel y donde dejaron muy alto el pabellón de la coreografía española, las hermosas hermanas Aguilera están llamando la atención en el *Edén Concert* de Barcelona.

Las habilidades artísticas de las dichas hermanas están en el baile y en el cante flamenco.

Pocas como ellas para entonar, con estilo propio y con arte exquisito, una copla de *soleares*, de *malagueñas*, de *granadinas*, de *tientos*... La soñadora cadencia de las canciones andaluzas, llega á su mayor grado cuando



ellas cantan, y en lo que con el baile se relaciona, ninguna como las Aguilera para entusiasmar al público y hacerle aplaudir frenéticamente, con el voluptuoso contoneo de sus caderas, los movimientos acompasados de los brazos, que aumentan la vistosidad y gallardía de la figura; el dulce y apasionado entonar de ojos; la sonrisa graciosa... todo lo que caracteriza las danzas andaluzas que hacen hervir bulliciosamente la sangre y alegran la vida. En el *Edén Concert* las hermanas Aguilera son un gran elemento y el público las premia constantemente con entusiastas ovaciones.



CALEFACCION

Mi vecina doña Blasa, madre amante y cariñosa, tenía con ella en casa tres hijos con suerte escasa, porque eran muy poca cosa.

Ya eran hombres y vivían sin tener nada que hacer; y tanto frío sentían que del frío que tenían no se podían lamer.

Esto no era de extrañar, pues tenían un hogar más frío que una nevera. Todos convienen en que era difícil de calentar.

Gritaban los desdichados: —¡Un brasero, que es Enero y estamos los tres helados! y ella les puso un brasero que no les dió resultados.

La pobre madre después; la chimenea encendía,

y entre la leña los tres ni de noche, ni de día dejaban de estar *frappés*.

Siempre en busca de calor lograron de la mamá un *chubeshi* superior. ¿Y usted piensa que así ya se templaron? No, señor.

Y la madre procurando tener la casa abrasando y aquellos tres molzabetes siempre, siempre tiritando, convertidos en sorbetes,

sin que bastaran carbones en estufas y en fogones, ni calmaran sus afines el burlete en los balcones ni la Piel en los gabanes.

Hasta que tan aburridos y tan faltos de paciencia se hallan los tres que reunidos se mostraron decididos

á cambiar de residencia.

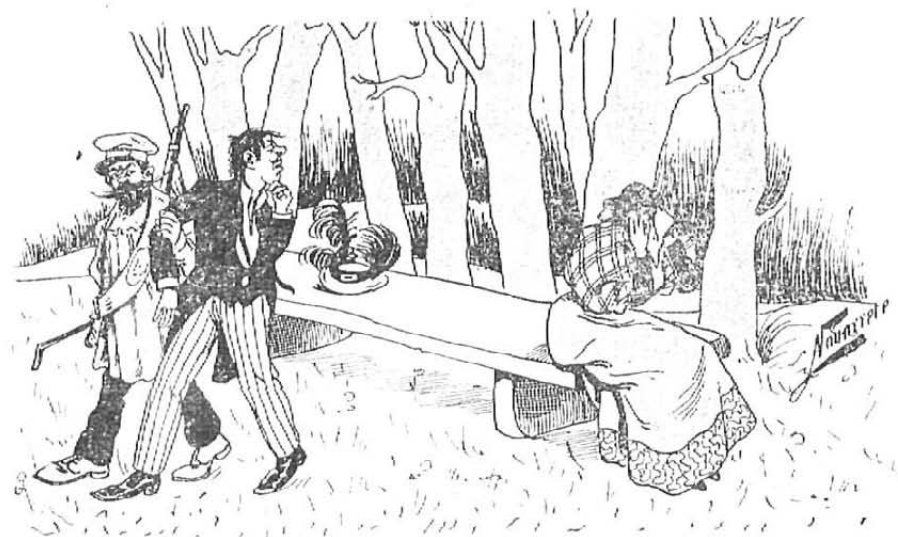
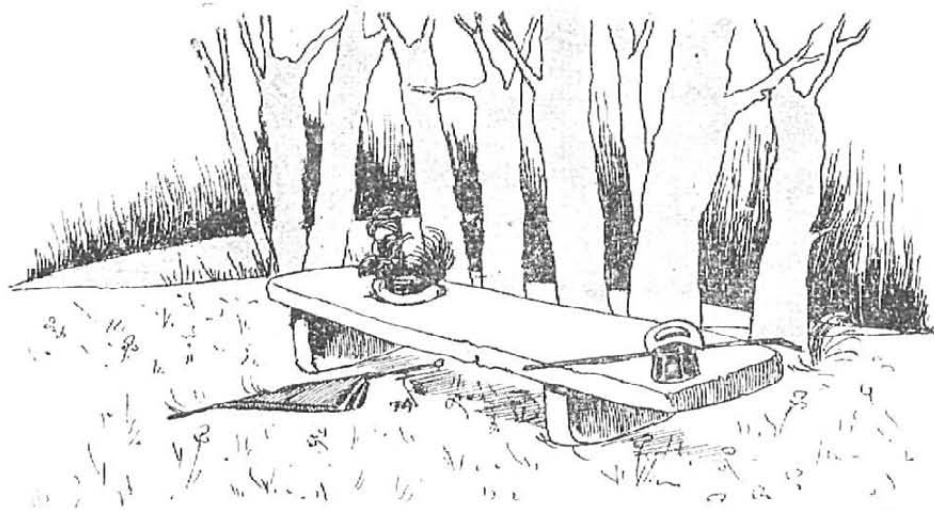
Por entonces casualmente doña Blasa no tenía cocinera y cierto día llamó apresuradamente (porque ya la conocía)

á Piedad, la hija del tío Chupón, muchacha de brío, la más alegre y más franca que hay en Belmonte del Río, (provincia de Salamanca.)

Produciendo admiración por su hermosura, Piedad llegó á la casa en cuestión cuando con más ansiedad pedían calefacción

Y desde que entró en la casa la de Belmonte del Río, (no crea usted que esto es guasa) ya no han tenido más frío los hijos de doña Blasa.

J. P.



De sus amores ardientes
fueron á apagar la sed,

pero un guarda despiado
los dejó á medio beber

¡Venganza placer de Dioses



(Del corazón.— ¡Chicas!... los periodistas son unos imbéciles. Hablan de nuestra voz, que es mala y no dicen nada de nuestras piernas ni demás partes de nuestro cuerpo.

—Señorito, déme usted la cuenta, firme usted mi salida en la cartilla y páselo usted bien. No quiero continuar en esta casa.

—Pero, muchacha, ¿qué arrebató es ese? Apenas hace quince días que estás á nuestro servicio y ya quieres dejarnos. ¿Por qué?

—Por nada.

—Eso no es razón. Algún motivo habrá y necesito saberlo. ¿Te trata mal mi señora?

Al contrario.

—¿Comes mal, trabajas mucho?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué quieres marcharte?

—Pues, *miste*, señorito; que yo soy *mú hombre*, aunque me esté mal el decirlo, y no me gustan ciertas cosas que veo.

—¿Cómo! ¿Qué has visto tú?

—Nada...

—No puedes volverte atrás, ni salir de aquí sin cantar de plano. ¿Qué ocurre?

—Ocurre, que... la verdad, la señorita...

—¿Qué tienes que decir de mi mujer? Acaba.

—Todos los días, todos, sin faltar uno si-

quiera, al poco rato de irse usted tranquilamente á la oficina, viene aquí un caballero.

—¿Un caballero?

—Un caballero alto, guapo, joven y muy bien vestido.

—¿Más guapo que yo?

—Sí, señor.

—¿Cáscaras!... Prosigue.

—Así que llega, se encierra la señorita en el tocador, y allí se pasan la tarde los dos solitos.

—¿Solitos ¿eh?

—Y no se marcha hasta media hora antes de volver usted.

—¿Y qué hacen?

—Eso, averigüelo usted.

—O Vargas.

—¿Quién es Vargas?

—Un mal educado que siempre anda averiguando vidas ajenas. Pero, dime; ¿tú no has oído ninguna palabra, ningún ruido sospechoso? Habla claro.

—Pues más claro, agua.

—¿Y qué más?

—Más claro que el agua?... *parece* usted tonto.

—Puede que lo sea. ¿Y la señorita no te ha dicho nada acerca de esas largas visitas?

—Sí señor; me ha dicho que ese joven es un profesor que viene á enseñarle la lengua...

—¿La lengua?

—La lengua francesa.

—Siendo un profesor...

—Es que dos tardes en que usted ha venido algo más temprano que de costumbre, la señora le ha escondido hasta que ha vuelto usted á salir.

—Eso es más grave... ¿Y, dónde le ha ocultado?
 —En el retrete.
 —¡Qué asco!
 —Eso digo yo.
 —Oye, vas á hacerme un favor. Es preciso que la señorita ignore nuestra conferencia. Mañana vendré á sorprenderlos y te juro que mi venganza será terrible.
 —¡Señorito, por Dios!..
 —No temas: castigaré á los culpables y recompensaré espléndidamente tu buen comportamiento. A cuenta toma un abrazo...

Al día siguiente don Cleto regresó á su casa mucho antes de la hora acostumbrada; la esposa infiel ocultó al amante, medio desmayado de miedo, en el precitado mal oliente escondrijo; y á don Cleto le bastó interrogar á la sirvienta con los ojos para cerciorarse del sitio en que se asfixiaba la víctima.

—Voy á salir otra vez—dijo acariciando á su mujer la barbita;—pero antes voy á satisfacer una necesidad.

Ella se interpuso en su camino, anhelante.

—¿Vas al...?

—Sí.

—No, no vayas... en la alcoba tienes...

—Ya sabes que no me gusta, déjame...

—¡Pero hombre!

—No seas tonta, mujer. Precisamente sólo voy á hacer lo que el respetable Ayuntamiento califica de «aguas menores»...

Ella se dejó caer anonadada sobre una silla, presintiendo la catástrofe, pero don Cleto no abrió la puerta del retrete, contentándose con entornarla lo absolutamente indispensable para ejecutar la operación. Después requirió el desorden de su traje, cerró la puerta herméticamente y dijo acercándose á su mujer y con el acento más bonachón del mundo.

—Ya sé que tienes escondido á tu amante en el retrete ¡Bueno te lo he puesto! Adiós.

La señora dió un grito y se desmayó. El amante tuvo que comprarse un traje nuevo.

Después se supo por la portera, que aquella tarde don Cleto bajaba las escaleras frotándose las manos con aire satisfecho y murmurando:

—¡La venganza... el placer de los Dioses!...

ARTURO REINA



Al más indiferente se le sube
 el santo al cielo y se le cae la baba

al ver á esta rubita deliciosa
 tan artísticamente recostada.



III.—¡Fuera pereza! Nada tiene que ver que el horizonte lo limiten, en vez del mar azul de la playa francesa, las cuatro paredes del cuartito de baño, tapizadas de raso azul...

Hay que sumergirse en la pila de mármol donde el agua ha sido templada de antemano por la doncella que vino a avisar a Lili. Lili hace una hora que está levantada y en conversación con... el último de Trouville: un joven noruego. Fuerte, alto, y, sobre todo, riquísimo: su familia le abona todos sus gastos en París y tiene letra abierta «de par en par» para lo que le dé la gana; el bicalao paga, porque la familia comercia en eso.

Lili se quita la bata, aquella bata que, anudada por una cinta de raso á su talle, parece que es una fortaleza que defiende el cuerpo y en realidad no es estorbo para nada absolutamente. Con esa bata ha tenido Lili triunfos maravillosos, logrados en un momento de sublime coquetería. ¡Oh! ¡Cuántos jóvenes noruegos y de otros países guardan aún recuerdos deliciosos de la bata de Lili! ¿Cómo que hasta se compuso un *couplet* con ese título!

El baño de una francesita



IV.—Si Lili fuese cubana, no tendrían nada de extraño su pereza y su laxitud; pero Lili es una mujer del Norte; es una normanda rubia y fuerte que, bajo el mármol de la piel, sigue teniendo la dureza del músculo; sin embargo, para todo tiene una calma suave y melosa. Como la que caracteriza a las mujeres de aquellas latitudes más o menos tropicales. Por eso, hasta en el detalle de quitarse la falda, bordada, procede con esa languidez de que antes hablaba. Al verse ella misma, desnudándose, en el espejo, piensa en el efecto que este acto importantísimo ha causado, causa y causará durante bastantes años todavía, en todos sus favorecidos.

Pero no es posible que ella aprecie *eso* como ellos, ¿verdad? (Continuará en el número próximo.)

IMP. LUIS CLAVERO, CORTES, 550.

ADMINISTRACIÓN
Rambla del Centro, 36 y 38, Barcelona.

Dirigir la correspondencia al Administrador de SICALÍPTICO.—Barcelona.